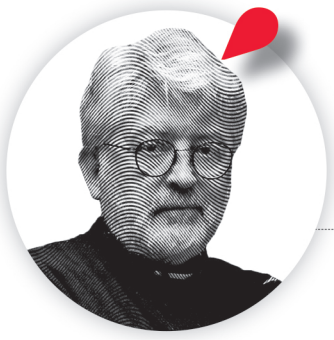
www.elsoldesalamanca.com.mx

Domingo
27 de febrero
de 2022
10

Análisis

EDITOR: **CLAUDIO FRANISCO CHÁVEZ BERMUDEZ**



Andrés Ordóñez

Entremundos: Cultura, élites y desastres / III

El uso irresponsable del lenguaje vacía de sentido las palabras. Un ejemplo es el empleo manido del término "conservador". Conservador no es quien se opone a la transformación, sino quien la busca sin perder aquello que el consenso nacional considera positivo para el bien común. Quien se opone a la evolución y busca anclarse en el pasado es el reaccionario.

El conflicto entre conservadores, reaccionarios y revolucionarios suele ocurrir en el terreno de la identidad nacional, noción cuyo eje es el mito de fundación del conjunto social y hunde raíces en la religiosidad o ansia de absoluto propia del ser humano. Por eso los conjuntos nacionales acaban vinculando su origen a la divinidad trascendente, San Patricio, para los irlandeses; San Jorge, para los ingleses; Santiago, para los españoles, o la Virgen de Guadalupe, para los mexicanos.

No es necesario ser creyente para apreciar el valor de la religiosidad, pero es indispensable ser torpe para no advertir su valor. La racionalidad de quien se entrega a la vida religiosa y la de quien abraza la vida política tienen en común la religiosidad de su respectiva convicción. El político y el oficiante de una religión buscan trascender con sus acciones su circunstancia en aras de algo mejor cuyo esfuerzo habrá de tornar realidad.

La vulgarización de la palabra mito nos ha llevado a entenderla como sinónimo de mentira, cuando en realidad es el conjunto de creencias compartidas sobre las cuales se organiza una cultura. Siendo esa la dimensión social de la mitología que cohesiona una sociedad, podemos vislumbrar por qué en los momentos de inflexión histórica la disputa por el imaginario de la nación, es decir, la disputa por el control de la generación y proyección del conjunto de creencias de la población, es fundamental para llevar adelante una transformación política.

La transformación neoliberal de 1990 ni siquiera supuso que el imaginario de la nación era importante. Asumieron su educación tecnocrática como garantía de cultura y perdieron la oportunidad de reconducir el discurso histórico nacional hacia una nueva narrativa más cercana a la realidad cultural de la nación. Con un poco de voluntad y esfuerzo hubiesen recuperado el origen sincrético y cosmopolita de la mexicanidad, la hubiesen sacado del ostracismo victimista del discurso aislacionista de los siglos XIX y XX y la hubieran proyectado con fuerza hacia el siglo XXI.

La transformación neoliberal de 1990 ni siquiera supuso que el imaginario de la nación era importante.

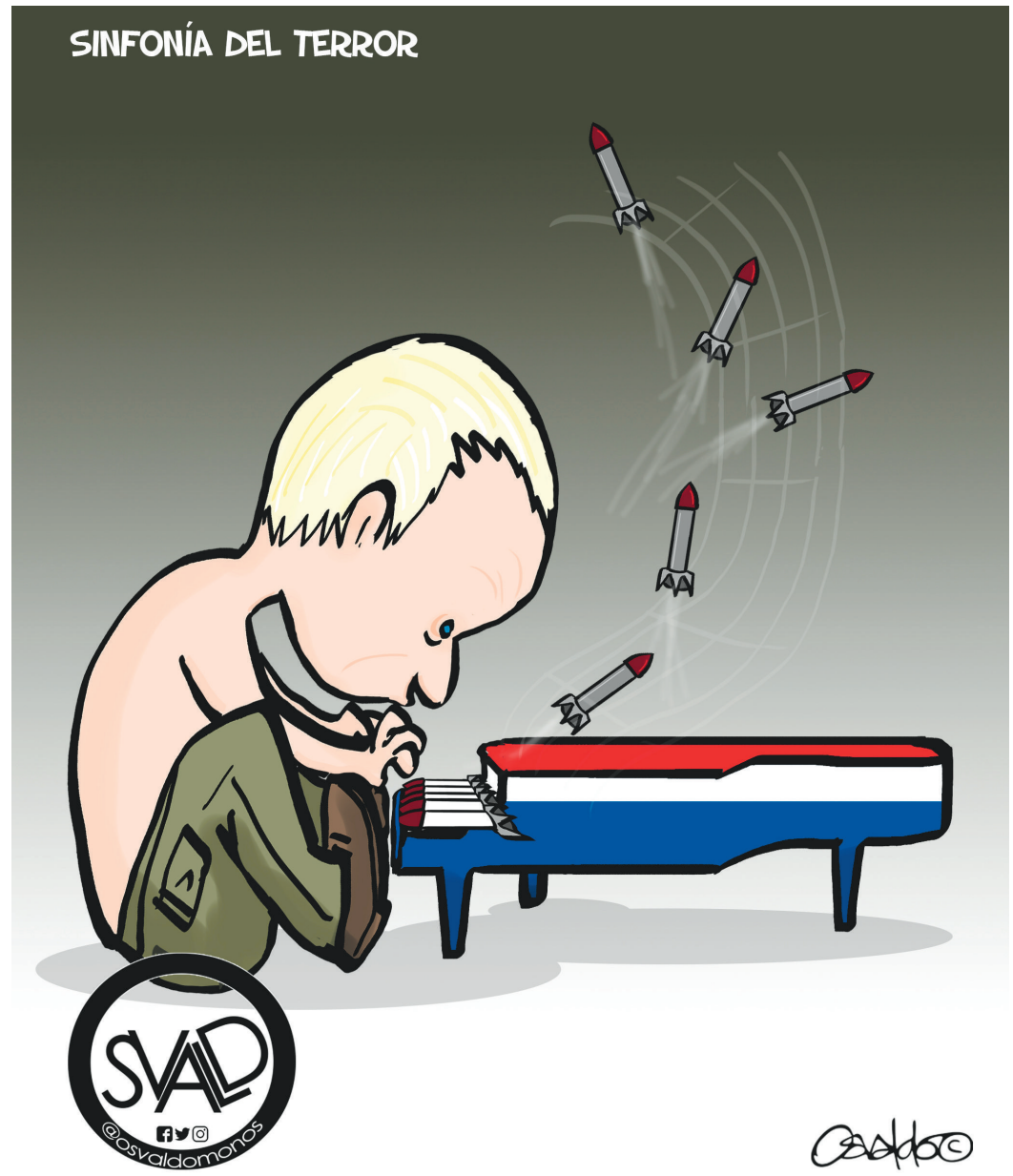
Los ideólogos de la globalización mexicana de fines del siglo XX educados en Harvard, Chicago y Yale, no fueron capaces de advertir el vasto acervo discursivo que ofrece nuestra condición sincrética no sólo en términos religiosos sino también en sentido étnico y cultural. Presos en la necedad victimista del Nacionalismo Revolucionario, ignoraron que los pueblos mesoamericanos jamás quisieron ser mexicanos; dejaron pasar inadvertido que los mexicanos, cualquiera que sea el color de nuestra piel, somos el resultado de la fusión de Mesoamérica con el mundo ibérico, no el antecedente, y que ese origen sincrético nos hace entes globales por excelencia. Se asumieron campeones de la globalización, sin darse cuenta de que ellos mismos eran producto de una globalización anterior y, queriendo globalizar lo mexicano, renunciaron a mexicanizar la globalización que gustosos adoptaron.

El triunfo de Andrés Manuel López Obrador en 2018 es un hecho capital en la historia de la cultura política mexicana. Avezado en el contacto con los universos tradicionales, López Obrador advirtió de inmediato un amplio espacio de maniobra en el vacío que la displicencia de los neoliberales produjo; identificó oportuna y correctamente la ansiedad de la nación ante la vacuidad simbólica y, sobre esa base, construyó su ascenso a la presidencia de la República.

Después de tres años en el ejercicio del poder, podemos afirmar que López Obrador ha dado la vida por sus ideas, pero ha sido incapaz de superar sus creencias en el sentido orteguiano que apuntábamos en nuestra entrega anterior. El presidente López Obrador ha tenido el acierto de recuperar el valor simbólico de la vida política, de entender la importancia que la población mexicana otorga al universo simbólico en el que se ubican las creencias nacionales. En ese sentido, su tránsito por la cultura política nacional ha sido impecable. El problema ha sido que, en su formación personal, la aptitud de su privilegiada intuición cultural ha carecido de un soporte educativo que le permita entender el mundo en que se encuentra inserta esa cultura política que tan bien entiende y tan profundamente comparte. Esa carencia educativa de juventud traiciona su voluntad transformadora de madurez. La transformación que López Obrador imagina revolucionaria, en los hechos es recesiva y eso lo pone en riesgo de convertirse no en el más conservador de los líderes del México contemporáneo, sino en el más reaccionario.

Si los renovadores de 1990 carecieron de cultura, López Obrador ha adolecido de una educación que además de impedirle atisbar más allá de los estrechos márgenes del discurso oficial en que él y muchísimos mexicanos fuimos formados, lo impele a buscar la construcción del futuro en el pasado. Acertadamente, su proyecto ha contemplado la importancia de recuperar los símbolos y disputar el imaginario de la nación. Lamentablemente no ha podido ofrecer a cambio una alternativa a la obsolescencia del mismo imaginario objeto de su disputa.

Escritor, académico, diplomático de carrera durante 30 años, exembajador de México. Investigador de la Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales (UDIR) de la UNAM.



Título: CON CIERTO MIEDO